

4-22-5-6

~~37-47~~
11

31

CARTA PASTORAL

QUE EL ILMO. SEÑOR

OBISPO DE ASTORGA

DIRIGE A SUS DIOCESANOS

EN SU INGRESO AL OBISPADO.



MADRID.

IMPRESA, FUNDICION Y LIBRERIA DE D. EUSEBIO AGUADO.

1850.

C
001
090
(31)



2 400 40

NOS EL DR. D. JUAN NEPOMUCENO CASCALLANA Y ORDOÑEZ,

POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SANTA SEDE APOSTOLICA OBISPO
DE ASTORGA, CAPELLAN DE HONOR Y PREDICADOR DE S. M., Y DE SU
CONSEJO, ETC., ETC.

*A nuestros venerables hermanos el Vice-Dean y Cabildo de nuestra
Santa Apostólica Iglesia Catedral, á los respetables Vicarios, Curas
Párrocos, Beneficiados, Capellanes y demás individuos del Clero, y
á todos los fieles de nuestra Diócesis, salud y paz en nuestro
Señor Jesucristo.*

Si en todos tiempos sería muy pesado aun para los
hombros angélicos el ministerio episcopal, conside-
rad, amadísimos Hermanos en Jesucristo, cuánto tendrá
que serlo en los presentes, tan agitados y borrascosos,
para las fuerzas de un debil mortal, elevado nada mas
que por la gracia de Dios y de la Santa Sede á la alta
dignidad de sucesor de los Apóstoles. Nuestra propia
pequeñez no haria mas que anonadarse en frente de
los grandes peligros que hay necesidad de vencer para
facilitar á las almas el camino de la salvacion, si con
los auxilios divinos, y confiando en el celo de nuestros
naturales cooperadores, no esperásemos algun tanto
allanarlos. Nuestro venerado Cabildo, á quien saluda-
mos afectuosamente en el Señor, nos ayudará con su
sabiduría y prudencia á gobernar la grey que el Es-
píritu Santo ha puesto bajo nuestro cuidado. Nunca

:



C
001
090
(31)



NOS EL DR. D. JUAN NEPOMUCENO CASCALLANA Y ORDOÑEZ,

POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SANTA SEDE APOSTOLICA OBISPO
DE ASTORGA, CAPELLAN DE HONOR Y PREDICADOR DE S. M., Y DE SU
CONSEJO, ETC., ETC.

*A nuestros venerables hermanos el Vice-Dean y Cabildo de nuestra
Santa Apostólica Iglesia Catedral, á los respetables Vicarios, Curas
Párrocos, Beneficiados, Capellanes y demás individuos del Clero, y
á todos los fieles de nuestra Diócesis, salud y paz en nuestro
Señor Jesucristo.*

Si en todos tiempos sería muy pesado aun para los
hombros angélicos el ministerio episcopal, conside-
rad, amadísimos Hermanos en Jesucristo, cuánto tendrá
que serlo en los presentes, tan agitados y borrascosos,
para las fuerzas de un debil mortal, elevado nada mas
que por la gracia de Dios y de la Santa Sede á la alta
dignidad de sucesor de los Apóstoles. Nuestra propia
pequeñez no haria mas que anonadarse en frente de
los grandes peligros que hay necesidad de vencer para
facilitar á las almas el camino de la salvacion, si con
los auxilios divinos, y confiando en el celo de nuestros
naturales cooperadores, no esperásemos algun tanto
allanarlos. Nuestro venerado Cabildo, á quien saluda-
mos afectuosamente en el Señor, nos ayudará con su
sabiduría y prudencia á gobernar la grey que el Es-
píritu Santo ha puesto bajo nuestro cuidado. Nunca



ha sido mas necesaria que en estos dias la cordial adhesion de tan principales auxiliares á la cabeza de su Iglesia, porque siendo ellos como el Consejo del Prelado, y los mas inmediatos é íntimos depositarios de sus confianzas, sería faltar, no solo á las condiciones primitivas y naturales de los Cabildos, y al deber de edificar á nuestros prójimos, en que estamos todos, si hubiese, no decimos la mas pequeña discordia, sino solamente frialdad entre aquellos que no tienen vida sino en la mútua correspondencia. Los diferentes ministerios que hay en la Iglesia de Dios no tienden mas que á la edificacion del Cuerpo de Jesucristo; y cuando vemos con toda la amargura de nuestro corazon las heridas que abren en este Cuerpo las pasiones de los hijos corrompidos y los errores de los hombres díscolos, sentimos muy vivamente la necesidad de estrechar cada vez mas las relaciones que median entre los miembros y la cabeza que en las particulares Iglesias los dirige. Unidos en la fe y en la caridad todos los que hayan de cooperar á la salvacion de sus prójimos, no habrá obstáculos que se resistan á la perseverante accion de un ilustrado celo; y reflejando siempre en los mas inferiores miembros los ejemplos de aquellos que están en las alturas, habremos conseguido un doble bien en mostrar que, al rededor del altar donde nos reunimos para dar culto á Dios, no hay mas que corazones cristianos, unidos entre sí con los vínculos de la mas ardiente caridad y con unos mismos deseos é intenciones. Nuestro Cabildo, asi lo esperamos, ayudará á su

Obispo, sosteniéndole las manos, como lo hicieron Aaaron y Hur con Moisés, para que no desfallezcan en la oracion y en el gobierno.

Tambien confiamos en que nuestro amado Clero, asi los señores Párrocos como todos los sacerdotes de nuestra diócesis, no omitirán ningun medio, ni perdonarán ningun sacrificio para llenar debidamente las sagradas funciones propias de su ministerio. Si va oscureciéndose, digámoslo así, la sociedad entre las nubes de tantos errores como en medio de ella pululan, á nadie mejor que á los que son *luz del mundo* toca ilustrarla con esa palabra de Dios, que no solamente encierra los destinos de la Iglesia divinamente establecida, sino tambien los de los pueblos, que, además dei pan que sustenta la vida del cuerpo, necesitan de la palabra divina, que comunica y sostiene la vida del alma. Las palabras del hombre han perdido, parece, todo su crédito en esta confusion de ideas, que trae tan agitados á los pueblos: las frases mejor compuestas y aliñadas no hieren mas que al oido, sin pegarse al corazon; la sabiduría humana no tiene ya altares de respeto en el ánimo de las gentes; las leyes no los tienen tampoco en las conciencias de la multitud; unos hombres no piensan como otros hombres; y la grande familia humana se dispersaria en esta confusion de lenguas, justo castigo de su soberbia, si la palabra de Dios, penetrante, eficaz y eterna, no viniese á iluminar á los que se han arrojado por su culpa en el denso abismo de las tinieblas. Nada puede ya salvar las

sociedades mas que los eternos principios de la religion, ni hay otra áncora que pueda preservar del naufragio á la nave que agitan tan contrarios vientos. Por lo tanto, si el ministerio sacerdotal ha sido en todos tiempos la *luz del mundo*, con mas razon tiene que serlo hoy, supuesto que representa los únicos principios á cuya sombra puede reorganizarse y vivir tranquila la sociedad. Es indispensable para esto que el Clero no descuide el estudio de la religion, que es la ley que de sus labios requerirán los pueblos, y la requerirán para salvarse con ella; lo cual, al paso que enaltece el ministerio sacerdotal, le impone tambien una responsabilidad inmensa, si desgraciadamente, llegando á descuidar la meditacion de esta ley, se convirtiesen los sacerdotes en ciegos conductores de otros ciegos.

Pero el estudio que de la religion debe hacer el sacerdote en los presentes dias exige mas amplitud de la que se le ha dado en otros mas felices tiempos. La fe ciertamente ha sido y es siempre una; pero en sus relaciones de influencia con las necesidades de las respectivas épocas, suele tomar hoy unas formas diversas de las que adoptara en otros dias, ó da á sus verdades una nueva aplicacion. Esto, que es una verdad y una necesidad, lo demuestra la historia de la apología cristiana. Los ilustrados defensores de la religion se han atenido siempre á la índole de los ataques que se la dirijian, defendiendo unas veces su divinidad, y otras la de alguno de sus dogmas, puesto en temeraria dis-

cusión. La época que vamos atravesando no peca tanto de incrédula como de exajeradamente política; pues, sin dejar de creer la verdad de la fe, presume no ser ya muy necesaria para dirijir la sociedad atendidos los progresos que ha hecho la ciencia política en nuestros dias. Este grave error, y otros que de él se desprenden ó que con él están en relaciones, han hecho necesarios los estudios que se llaman religioso-sociales, encaminados á examinar y presentar la religion, sus dogmas, su moral y sus sacramentos bajo el punto de vista de su influencia sobre los destinos temporales de la humanidad. No han podido menos de ser muy útiles para el catolicismo esta clase de estudios, en atención á haberse puesto ya en la mas clara luz que no hay vida ni puede haberla para las sociedades cuando abandonan el camino de la verdad, y se entregan á las infinitas consecuencias del error.

Tambien se engrie la presente generacion con sus adelantos científicos, y aspira á someter al fallo de su ilustrada razon todas las creencias, y medir con el compás del humano raciocinio las inescrutables palabras y obras de Dios. Enfrente pues de estas pretensiones tiene que colocarse la Iglesia, que no está nunca desprovista de medios y de razones para combatir el error y disipar las exajeraciones de las doctrinas humanas. Esta es hoy la mision del Clero católico; mision que no podrá desempeñar, si, consagrándose al estudio, no se eleva por la ciencia religiosa á la altura desde donde pueda dominar todo el movimiento de los

espíritus, cualquiera que sea su direccion, como avanzado centinela, no solo de los intereses de la Iglesia sino tambien de los de la sociedad. No creais por esto, amadísimos Hermanos y cooperadores, que Nos deseamos ver un Clero militante, digámoslo asi, y sumido en las interminables luchas políticas donde se agitan no mas que intereses y pasiones de la tierra: no: no queremos verle nunca descender de la altura donde Dios lo ha colocado; no queremos verle degradando su ministerio, y comprometiendo en esas contiendas de exageradas ambiciones el principio divino que ha de salvar al mundo. El Clero puede ser luz de la sociedad sin aparecer en los primeros puestos ó en el primer término de sus luchas: su mision, mas alta que las cabezas de los hombres, derrama vivos destellos sobre las generaciones degradadas, sin necesidad de mancharse con su contacto; porque la fe, que penetra toda la vida de la humanidad, obra en virtud de sus principios eternos y universales, aplicándolos á todas las situaciones en que los intereses movibles de la sociedad pueden encontrarse. La fe, y por consiguiente el sacerdocio católico que se muestre digno de su mision, sin salir del santuario y firme sobre la *Piedra* que es el fundamento, iluminará como *luz* que es *del mundo* á todos los que en el mundo se muevan, á la manera que el sol ilumina tanto al que avanza como al que retrocede, y como al que se detiene en sus caminos. La sociedad tiene sed de creencias, y el Clero debe trabajar para que lleguen á sus labios aquellas aguas que brotan de

las fuentes del Salvador. Esta es una necesidad tan universalmente sentida, que no á otra causa se debe el que en todas partes sea la cuestion religiosa la mas importante de las cuestiones; porque si fuese mal resuelta, no habria mas que crisis y peligros para la sociedad; y si fuese bien comprendida, equivaldria á entrar en un bello y anchuroso camino de esperanzas.

Pero no basta todavía la ciencia para que el sacerdote cumpla debidamente su mision sublime: es preciso además que como *sal de la tierra* preserve de la corrupcion y del vicio á todos los hombres. Para esto, no solo es necesario anunciar á los fieles con mucha frecuencia la divina palabra, como lo ordenan los sagrados Cánones y Nos lo encargamos con la mayor eficacia, sino predicar tambien con los buenos ejemplos y edificar con las propias virtudes. El sacerdote, amados Hermanos, está puesto como un espectáculo al mundo, y es como el espejo donde se miran los fieles para obrar segun obrar le vieren. No lo creemos; mas si acaso hubiese, por desgracia, alguno entre los ministros del Señor en esta nuestra diócesis, que escandalizase á sus prójimos, ó destruyese con una mano lo que edificase con la otra, Nos le rogaríamos con todo el afecto de nuestro corazon, le pediríamos por la Pasion de nuestro Señor Jesucristo, y en caso necesario le compeleríamos con todo el rigor de nuestra autoridad para que meditase que si la sal se disuelve y corrompe, ¿con qué podrá ya el mundo preservarse de la corrupcion? *in quo salietur?* Si la fuente se seca ó se

emponzoña, ¿dónde beberá el sediento? Si el que ha de dar pan, suministra serpientes ó venenos, ¿á dónde irán por alimento los pueblos? *in quo salietur? in quo salietur?*

Nada es mas á propósito para formar desde luego un Clero sábio y virtuoso como lo son los Seminarios, donde al estudio de la religion acompañan siempre las prácticas y la enseñanza de la mas sólida piedad. Imposible era que nos olvidásemos de nuestros amados Seminaristas, que son y han sido siempre como los Benjamines de nuestro amor y las esperanzas de nuestra vida. Mas para que el Seminario sea lo que significa, es decir, un semillero de buenos eclesiásticos, necesario es que por parte de los maestros se muestre un incansable celo por el aprovechamiento de sus discípulos; y por parte de los discípulos una docilidad suma á sus maestros, y una asidua aplicacion, dignas de su futuro destino. Saber deben los unos, que la Iglesia, confiando en su celo, entrega á su ilustracion sus mas santos intereses y sus mas lisonjeras esperanzas; y sepan los otros, que algun dia al frente de su grey tendrán que conducir sus ovejas por caminos escabrosos, donde no habrá mas salida que la que les señale su santa ciencia ó su ilustrada piedad.

Los estudios y sus métodos en nuestro Seminario son cosas de que á su debido tiempo habremos de ocuparnos; pero entre tanto no dejaremos de manifestar nuestro deseo de que asi los estudios filosóficos como los teológicos se perfeccionen de la manera posible, eleván-

dolos á la altura que en tiempos como los presentes les corresponde. Porque sin conceder que se hagan ahora grandes adelantos en Filosofía, no se puede negar que es grande y extraordinario el movimiento filosófico; esto es, los esfuerzos del ingenio humano para encontrar la razon de las cosas, la solucion de los problemas y la esplicacion de los fenómenos que en el mundo físico como en el moral se presentan diariamente á la observacion de los hombres pensadores. Tanto mas filosófico, tanto mas humano, tanto mas *racionalista* ha de querer mostrarse este siglo, cuanto mas empeño revela en no someterse al principio de *autoridad*, que es al que inmediatamente tienen que subordinarse todas las cosas en la sociedad, en la familia y aun en el mismo individuo. Resistiéndose á doblar la cerviz de su orgullo á las prescripciones de la fe, el individuo se aísla dentro de su pura personalidad, y todo quiere esplicarlo, Dios, el mundo, la sociedad, el hombre, por los cálculos de su pobre razon. En este sentido mas que en otro podemos llamar filosófico al siglo actual, no tan profundo en lo tocante á útiles investigaciones como otras épocas, ni tan fecundo en hombres eminentes como aquellas lo fueron. Los estudios eclesiásticos han de ir encaminados por lo tanto á que algun dia puedan dirigir el movimiento filosófico, haciéndole entrar en las saludables vias por donde conduce el catolicismo todas las investigaciones humanas, é imprimiendo á los esfuerzos científicos la saludable direccion que conviene darles en los tiempos de grandes aberraciones. Por eso deseamos y

queremos que en nuestro Seminario se dé un provechoso y bien entendido impulso al estudio de la Filosofía. Y aquí no dejaremos de notar que los protestantes del siglo XVI; ellos, que habian proclamado el imperio de la razon; ellos, que no reconocieron mas autoridad ni mas criterio que la inspiracion particular ó el libre examen; ellos, que rompieron las que llamaban trabas de la inteligencia; ellos, en fin, que dijeron al hombre..... "Examina, y fórmate por ti mismo tus creencias....." proscribieron la Filosofía como antes lo habian hecho Cornelio Agrippa y el apóstata Juliano. Este dato no será inoportuno el recordarle para que no se crea con tanta facilidad á los que dicen que el protestantismo dió un grande impulso á las ciencias.

Los Santos Padres fueron todos grandes filósofos; y lo que únicamente condenaban relativamente á este punto, era que se sometiesen los dogmas á los principios de la Filosofía, ó que se fundasen solamente sobre estos principios los doctores del Evangelio. Mientras subsistan las obras de San Agustin, de Santo Tomás y de otros muchos Padres que han sido y son lumbreras de la Iglesia, no podrá nadie negar la utilidad de la sana Filosofía para defender la religion.

Por escusado tenemos recomendar á nuestros jóvenes seminaristas el estudio de la sagrada Teología, que es la ciencia de Dios, y del hombre en sus relaciones con el Criador. Esta altísima ciencia no ha nacido en el pensamiento de ningun mortal: es flor que brotando de una raiz alta y misteriosa se abre en los mismos labios de

Dios. ¿De qué labios, en efecto, salía aquella revelación que percibieron los oídos del primer Padre? ¿Quién se revelaba en las magestuosas colinas del Sinaí al Legislador hebreo? ¿Quién es aquel que ha enviado su Verbo, su palabra encarnada, para desenvolver y perfeccionar la magnífica economía de enseñanzas, dogmas, moral, derechos y deberes, virtudes y esperanzas que constituyen el fondo y el plan de toda la Teología? La Sagrada Escritura y la tradición son la inextinguible luz de esta sublime ciencia, y la Iglesia conserva con inviolable vigilancia estos santos depósitos de la revelación. Pero esta Iglesia tiene también su historia; cuenta sus días, sus años y sus siglos; brilla con virtudes y padece con dolores; atraviesa épocas, unas veces de alegría, otras de llanto; establece leyes ó las modifica según los tiempos; lucha y triunfa; camina hácia su fin, que es lo eterno, y cada uno de sus pasos es un grande acontecimiento para los pueblos que la miran asombrados. Pues bien, amadísimos seminaristas, escuchad mi voz y sabed que este dogma, esta moral, esta Escritura, esta historia, estas leyes, esta disciplina, os harán comprender la dignidad de los estudios teológicos, y gustar el dulce fruto de tan sublimes meditaciones.

Un seminarista sin virtud es un soldado que, careciendo de valor, se dispone para sostener grandes luchas. Los que crecen á la sombra del Santuario para ser algún día los pastores de las almas, deben acostumbrarse desde la niñez á practicar las virtudes, pues no se abandona en la vejez el camino por donde se nos ha ense-

ñado á andar en nuestra juventud. Es una gran temeridad salir á luchar con el mundo sin tener acostumbradas nuestras pasiones á que se sometan al yugo de la razon ilustrada por la fe. ¿Cómo, decidme, cómo habeis de luchar con Goliat que os espera en el campo, si no teneis el armamento y el uso de las virtudes, que son para vosotros lo que pudieron ser los trages del guerrero para David.....?

A nuestros amados hijos en Jesucristo, los fieles de nuestra diócesis, les recordaremos tambien sus deberes como católicos y como ciudadanos. Bien sabemos con el mayor gozo que, por la misericordia de Dios, no han hecho entre vosotros tantos estragos como en otras partes la impiedad y la licencia, verdaderas tempestades que traen sobre los pueblos la desolacion y la muerte. Si os deteneis á considerar el origen á que son debidos en mucha parte los males de que se ve rodeada la sociedad, encontrareis que es el desprecio que tan impiamente se hace de la ley santa de Dios: ley á cuyos observadores promete el Señor tantos beneficios, y sobre cuyos infractores anuncia que han de venir muchas y muy terribles calamidades. Los grandes escándalos traen siempre tras sí grandes espiaciones. Cuando se desprecia la ley de Dios, se desprecia todo; y cuando se desprecia todo, todo se pierde. Se dice que los hombres no son hoy *governables*, y se dice una verdad; porque debilitada la observancia de las mas santas leyes se debilita el poder humano, se debilitan las leyes humanas; se debilitan y se corrompen las costumbres públicas, y

el hombre no reconoce luego mas Dios que el oro, es decir, la *codicia*, que es *raiz de todos los males*. Asi resulta luego que vienen sobre los pueblos infinitos contratiempos, porque como en la otra vida no se ejerce la justicia de Dios mas que sobre los individuos, y siendo por otra parte indispensable que los crímenes no queden sin castigo, tiene con precision que haberle en esta vida para las naciones en masa, digámoslo asi: y le hay en efecto, para unas en las pestes que diezman las familias, para otras en las guerras que van desolando los pueblos, y para muchas en el desconcierto y anarquía, que siempre son precursores de inmensas desgracias.

Esta ley de Dios, que es la mas segura guia de los pueblos, tiene que oirse de boca de los sacerdotes; lo cual hace á los ministros del Señor tan dignos de veneracion y respeto. El que los oye, oye á Dios; el que los desprecia, á Dios desprecia. Cuando en una nacion se escarnece al Sacerdocio, no pasa mucho tiempo sin que sea tambien escarnecido su ministerio; y tras este desprecio ha venido luego sin tardanza ó la impiedad ó la corrupcion, ó á la vez ambas cosas con todas sus funestas consecuencias.

Temblemos pues, Hermanos mios, y vivamos todos sometidos al yugo suavísimo de la ley santa de Dios, no olvidando tampoco nuestra obligacion de vivir sometidos á las santas leyes de la Iglesia. Esta Iglesia en que nacimos cuida de la humanidad como una tierna madre cuida de sus hijos. Fundada por Jesucristo para perpetuar la insigne obra del Calvario, trasmite á todas las edades

los inapreciables beneficios de la redención, guiando y curando los entendimientos contra el error; guiando y curando los corazones contra la malicia y los vicios. Llamarse *hijo de la Iglesia* equivale á darse á conocer como hombre que somete su razón y su voluntad á la fe y á la gracia. Desde el momento en que el hombre salta estos límites, que por su propio bien debe respetar, ya no hay aberraciones, ni delirios, ni sueños que no mire como verdades. Piérdense las mas óbvias nociones de la vida moral y de la vida pública; fórjanse absurdas teorías; y tras los ataques á la Iglesia vienen los golpes de muerte sobre los gobiernos, sobre los tronos y sobre la sociedad. No hay lesiones para la Iglesia sin que mas tarde ó mas temprano la sociedad no se resienta de ellas. Los que atacan al altar minan todas las instituciones de gobierno, tanto las que se fundan sobre la monarquía como las que profesan los mas altos principios de la democracia.

Pero hay un ilustre representante de Dios en el mundo, y donde él está allí está la Iglesia: *ubi Petrus, ibi Ecclesia*. Han pasado diez y nueve siglos, y cada uno de ellos ha visto caer á tierra instituciones que parecían muy sólidas y muy arraigadas en el corazón de los pueblos. Dinastías, imperios, reinos, filosofías, artes, ciencias, monumentos..... todo ha perecido, ó todo ha sufrido cambios sustanciales; y en medio de este incesante movimiento de destrucción una cosa ha quedado viva, lozana, eterna: la Santa Sede, el Pontificado, el Papa. Aunque no estuviera empeñada la palabra de Je-

sucristo, bastaría este magnífico hecho para enseñarnos que cuando el Pontificado no ha perecido en las luchas con los tiranos, en las invasiones de la barbarie, en los rudos días de la edad media, en los combates con los errores ó con las pasiones, en los días de desgracia ó en sus épocas de fortuna, algo ha de haber de sobrenatural en la vida de esa Piedra sobre la cual está fundada la Iglesia, y cuya ruina no han podido labrar las puertas del infierno.

El venerable y justo Pontífice que hoy ocupa la silla de San Pedro, sobre merecer como Vicario de Jesucristo nuestros respetos, es digno también, como amoroso Padre y como virtuoso Pastor, de toda la intension de nuestros afectos. Los labios no pronunciarán nunca el nombre de Pio IX sin que el corazón no sienta hácia el bondadoso Pontífice las más vivas y dulces simpatías. Las tribulaciones han sumergido su alma en lo profundo del mar; pero el Señor, que le vió lleno de fe, le dió fuerzas para soportar el dolor, y el mundo entero ha sido testigo de un hecho que, atendidas algunas de sus circunstancias, no puede ser contado en el número de los hechos comunes. La Europa católica ha enseñado á los enemigos del Pontificado, que aún no han olvidado los gobiernos lo que deben á la Santa Sede y lo que se deben á sí mismos.

La educación religiosa es otra de las necesidades hácia la cual nos creemos en el deber de llamar la atención de todos los padres de familia. Siempre ha merecido los cuidados de la Iglesia la educación de la infan-

cia. La experiencia acredita que el espíritu del hombre al entrar en la vida está envuelto en las tinieblas de la ignorancia, y demuestra igualmente que nacemos con fuertes propensiones hácia el mal. De aquí nace la obligacion en que se hallan los padres, no solo de instruir á sus hijos, sino tambien y sobre todo de dirigir sus afecciones hácia la virtud. Cuando el Divino Salvador elevó el matrimonio á la dignidad de Sacramento en la nueva ley, quiso por este medio dar á los padres abundantes recursos para que educasen bien á sus hijos, pues imponiéndoles un deber mas sagrado, les concede para cumplirle abundantes gracias y muy copiosas bendiciones. Si la religion no se apodera inmediatamente del espíritu de los niños, la razon, cuando comienza á reinar, encuentra ya fuertes las preocupaciones y los hábitos, y depravado precozmente el corazon. Los presentes dias abundan por desgracia en obras de iniquidad, para que no sea de temer un contagio en las almas, y con mas razon en las de los niños, donde tan facilmente pueden quedar como selladas las impresiones de los malos ejemplos. La educacion de la infancia ha llegado á ser en todas partes uno de los mas importantes asuntos de la política y de la religion: de la una, para salvar la sociedad en el tiempo, y de la otra para salvarla en la eternidad.

Precision hay, por lo tanto, de arrancar de las manos de los niños y de los jóvenes todos aquellos libros donde se contienen máximas ó ejemplos opuestos á la sana moral ó á la pureza de las doctrinas. El árbol de

la ciencia del mal está, á lo que parece, dando sus frutos: multiplicanse á millares los agentes de la iniquidad, y por lo mismo, deber gravísimo y obligacion estrechísima es de los padres de familia el poner un escrupuloso cuidado en que las manos de sus hijos no se manchen, ni su pureza se inficione, ni sus almas se pierdan con la lectura de alguno de tantos libros como de tiempo en tiempo salen de las prensas, derramando veneno y sembrando corrupcion. Hay pestes que son mas funestas que aquellas que causan la muerte de los cuerpos. Defendemos nuestra casa de los ladrones que conspiran contra las riquezas, ¿y no la defenderemos de los asesinos que vienen á clavar un puñal en las almas? ¡Ay! ¡ay de vosotros los que dejais sembrar vientos! Las tempestades dejarán algun dia caer rayos y centellas sobre vuestras cabezas.

Quisiéramos tambien que entre vosotros, amados Hijos, no se oyese nunca la blasfemia, que es pecado horrible contra Dios. En vez de glorificar á todas horas el nombre santo de Aquel en quien vivimos, nos movemos y somos, se advierte con grande amargura que en muchas partes los labios de algunos hombres perversos, brotando la iniquidad que hay en sus corazones, dirijen á Dios imprecaciones que horrorizan, prurumpen en palabras que provocan su justicia, y articulan acentos que erizando el cabello nos hacen temer lluevan sobre la tierra aquellos castigos espantosos que con llanto amargo anunciaron los Profetas.

Os recomendamos asimismo la caridad, que es el



vínculo y el complemento de la perfección. Esta virtud bajó del cielo para unir los corazones, y para velar incesantemente sobre las necesidades de nuestros prójimos. Si ella, pues, en todo tiempo ha sido el alma del cristianismo y la vida de las sociedades, hoy que tan hondas heridas han causado y causan en los pueblos las discordias políticas, es doblemente necesaria su influencia para que, ligados los corazones con unos mismos sentimientos, no haya para todos mas que un Dios, una fe, un bautismo, un deseo y un fin. La caridad tiene hoy la sublime misión de reconciliar los ánimos, amansar las pasiones, y preparar un término para los males que afligen á la sociedad. Sepárese pues de nosotros todo aquel hombre enemigo que no conociendo la caridad, quiera ocuparse en sembrar zizaña en un campo preparado ya y dispuesto para dar los mas preciosos frutos.

Esta misma caridad debe retraeros á vosotros de todo pensamiento, de toda acción que tienda á perjudicar aun en lo mas mínimo á nuestros semejantes. Por lo tanto no podemos menos de exhortar á todos nuestros diocesanos á que alivien las desgracias de sus prójimos, si los buscan en sus necesidades, sin esperar por ello mas ganancia que la que el Señor tiene prometida á los que son benéficos y caritativos. La usura está terminantemente condenada así en el antiguo como en el nuevo Testamento; y Nos recomendamos á los Sres. Confesores de nuestra Diócesis lo que prescribe el Sr. Benedicto XIV en su carta Encíclica de 1.º de noviembre de



1745, y lo que dice en su célebre tratado de *Synodo diœcesana* (lib. 7, cap. 47). Los abusos y excesos en la materia de que ahora nos ocupamos pudieran ser tambien nuevos combustibles arrojados en medio del incendio que amenaza á la Europa y á la civilizaci6n, producido por ciertas teorías acerca de la riqueza y de la pobreza, que tan seductoras á primera vista se presentan.

Esta gran cuestion, que data para la humanidad desde la caida de nuestro primer padre; esta gran cuestion que preocupa hoy las mas altas inteligencias, al cristiano como al filósofo, á los sábios como á los ignorantes, á los que poseen y á los que no tienen bienes; esta gran cuestion, decimos, no puede resolverse sino bajo el punto de vista católico. Como los hombres se distinguen entre sí por las facultades del alma y del cuerpo, asi se distinguen tambien por la desigualdad de los bienes de fortuna. Esta es la consecuencia necesaria de todo orden social, la consecuencia ordinaria de la diferencia de nuestras facultades, del desarrollo mayor ó menor que han recibido, de la condicion en que hemos nacido, y acaso, acaso de los desórdenes que no hemos temido cometer. Los ricos están obligados á dar, y los pobres tienen un derecho á que se les socorra; pero nunca podrán creerse autorizados para usurpar lo que á otros pertenece. *Todo lo que hiciéseis por el mas pequeño de los míos, á mí me lo haceis*, dice Jesucristo. *Bienaventurados los pobres*, enseña el mismo Maestro, *porque ellos serán hartos*. Hasta entonces



no habia oido el mundo esta especie de glorificacion de la pobreza. Oidlo, pues, amados diocesanos. Dios, que es el Señor de los ricos, manda que se socorra á los pobres; y el mismo Dios, que es padre del indigente, le consuela en su miseria, asegurándole que habrá para él una eterna y dulcísima hartura.

Recomendamos de la misma manera á todos nuestros amados hijos en Jesucristo, que respeten y obedezcan á las autoridades constituidas, pues que establecidas por Dios llevan en su mano, en representacion suya, la vara del gobierno y de la justicia. Felices han sido, son y serán siempre los pueblos en donde se obedece la ley y se respeta á quien la dicta. Desgraciados é infelices todos aquellos en que se tasca el freno y se promueven lamentables discordias.

Por nuestra parte, y aunque nuestro natural carácter no Nos arrastra á romper, como lo hizo Moisés, las Tablas de la Ley en la misma frente de los que la infrinjian y adoraban al becerro, ni tampoco hemos dado nunca á nadie el pan mojado en vinagre, sin embargo, no podremos olvidar que al Profeta Elías le abrasaba y consumia el celo por la casa de Dios cuando veia el gran número de prevaricadores que, siguiendo á los Profetas falsos de Baal, levantaban su erguida cerviz en las faldas del monte Carmelo.

Gracias damos al Dios omnipotente, y nuestros ojos no una vez sola han derramado lágrimas de ternura y de consuelo en el altar sacrosanto, al considerar los buenos sentimientos, las religiosas ideas y las no cor-

rompidas costumbres de la numerosa grey que se nos manda apacentar. Por lo mismo, aun sin conocerla, la amamos ya en las entrañas de nuestro Señor Jesucristo; y si dócil y ansiosa sabemos que desea oír los silbos de su nuevo Pastor, se los dirigiremos incesantemente; y tomando en una mano el báculo de la fe y en otra el de la caridad, procuraremos encaminarla por saludables pastos al aprisco del Pastor Supremo, donde únicamente está la verdadera vida.

Imposible será el que Nos así lo hagamos contando solo con nuestras fuerzas, que son muy débiles. Mas porque sabemos que en la heredad del Padre de familias nada hace el que planta y el que riega como de Dios no reciba el incremento, por lo mismo, y para que así sea, nos encomendamos á las oraciones del Clero y de todos los fieles de nuestra amada diócesis; y se las pedimos especialmente á las castas Esposas de Jesucristo, que, desde el retiro y la soledad, y perfumando su pobre lecho de flores y de fragancia virginal, suben con el Cordero al monte Sion, y unidas mas y mas íntimamente con él en los dias de su tribulacion, hacen brillar sus virtudes en la Iglesia española. Confiamos pues en sus oraciones; y contando asimismo con la cooperacion de todos aquellos que de un modo ó de otro pueden ayudarnos en el gobierno de nuestra diócesis, no omitiremos ninguno de los medios que puedan servir para reparar las ruinas del Santuario, para sostener la pureza de la fe, para con-

servar la magestad del culto, para dar gloria á Dios en la tierra, y para conducir las almas al cielo.

Dada en nuestro Palacio episcopal de Astorga, rubricada de nuestra mano, sellada con el escudo de nuestras armas, y refrendada de nuestro Secretario de Cámara á de agosto de 1850.

Juan Nepomuceno,
Obispo de Astorga.



POR MANDADO DE SU S. S. I.,

D. Manuel Cano,

Canónigo y Secretario.

CARTA PASTORAL

QUE EL ILMO. SEÑOR

OBISPO DE ASTORGA

DIRIGE A SUS DIOCESANOS

EN SU INGRESO AL OBISPADO.



MADRID.

IMPRESA, FUNDICION Y LIBRERIA DE D. EUSEBIO AGUADO.

1850.

NOS EL DR. D. JUAN NEPOMUCENO CASCALLANA Y ORDOÑEZ,

POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SANTA SEDE APOSTOLICA OBISPO
DE ASTORGA, CAPELLAN DE HONOR Y PREDICADOR DE S. M., Y DE SU
CONSEJO, ETC., ETC.

*A nuestros venerables hermanos el Vice-Dean y Cabildo de nuestra
Santa Apostólica Iglesia Catedral, á los respetables Vicarios, Curas
Párrocos, Beneficiados, Capellanes y demás individuos del Clero, y
á todos los fieles de nuestra Diócesis, salud y paz en nuestro*

Señor Jesucristo.

Si en todos tiempos sería muy pesado aun para los hombros angélicos el ministerio episcopal, considerado, amadísimos Hermanos en Jesucristo, cuánto tendrá que serlo en los presentes, tan agitados y borrascosos, para las fuerzas de un debil mortal, elevado nada mas que por la gracia de Dios y de la Santa Sede á la alta dignidad de sucesor de los Apóstoles. Nuestra propia pequeñez no haria mas que anonadarse en frente de los grandes peligros que hay necesidad de vencer para facilitar á las almas el camino de la salvacion, si con los auxilios divinos, y confiando en el celo de nuestros naturales cooperadores, no esperásemos algun tanto allanarlos. Nuestro venerado Cabildo, á quien saludamos afectuosamente en el Señor, nos ayudará con su sabiduría y prudencia á gobernar la grey que el Espíritu Santo ha puesto bajo nuestro cuidado. Nunca

:

ha sido mas necesaria que en estos dias la cordial adhesion de tan principales auxiliares á la cabeza de su Iglesia, porque siendo ellos como el Consejo del Prelado, y los mas inmediatos é íntimos depositarios de sus confianzas, sería faltar, no solo á las condiciones primitivas y naturales de los Cabildos, y al deber de edificar á nuestros prójimos, en que estamos todos, si hubiese, no decimos la mas pequeña discordia, sino solamente frialdad entre aquellos que no tienen vida sino en la mútua correspondencia. Los diferentes ministerios que hay en la Iglesia de Dios no tienden mas que á la edificacion del Cuerpo de Jesucristo; y cuando vemos con toda la amargura de nuestro corazon las heridas que abren en este Cuerpo las pasiones de los hijos corrompidos y los errores de los hombres díscolos, sentimos muy vivamente la necesidad de estrechar cada vez mas las relaciones que median entre los miembros y la cabeza que en las particulares Iglesias los dirige. Unidos en la fe y en la caridad todos los que hayan de cooperar á la salvacion de sus prójimos, no habrá obstáculos que se resistan á la perseverante accion de un ilustrado celo; y reflejando siempre en los mas inferiores miembros los ejemplos de aquellos que están en las alturas, habremos conseguido un doble bien en mostrar que, al rededor del altar donde nos reunimos para dar culto á Dios, no hay mas que corazones cristianos, unidos entre sí con los vínculos de la mas ardiente caridad y con unos mismos deseos é intenciones. Nuestro Cabildo, asi lo esperamos, ayudará á su

Obispo, sosteniéndole las manos, como lo hicieron Aarón y Hur con Moisés, para que no desfallezcan en la oracion y en el gobierno.

Tambien confiamos en que nuestro amado Clero, asi los señores Párrocos como todos los sacerdotes de nuestra diócesis, no omitirán ningun medio, ni perdonarán ningun sacrificio para llenar debidamente las sagradas funciones propias de su ministerio. Si va oscureciéndose, digámoslo asi, la sociedad entre las nubes de tantos errores como en medio de ella pululan, á nadie mejor que á los que son *luz del mundo* toca ilustrarla con esa palabra de Dios, que no solamente encierra los destinos de la Iglesia divinamente establecida, sino tambien los de los pueblos, que, además del pan que sustenta la vida del cuerpo, necesitan de la palabra divina, que comunica y sostiene la vida del alma. Las palabras del hombre han perdido, parece, todo su crédito en esta confusion de ideas, que trae tan agitados á los pueblos: las frases mejor compuestas y aliñadas no hieren mas que al oido, sin pegarse al corazon; la sabiduría humana no tiene ya altares de respeto en el ánimo de las gentes; las leyes no los tienen tampoco en las conciencias de la multitud; unos hombres no piensan como otros hombres; y la grande familia humana se dispersaria en esta confusion de lenguas, justo castigo de su soberbia, si la palabra de Dios, penetrante, eficaz y eterna, no viniese á iluminar á los que se han arrojado por su culpa en el denso abismo de las tinieblas. Nada puede ya salvar las

sociedades mas que los eternos principios de la religion, ni hay otra áncora que pueda preservar del naufragio á la nave que agitan tan contrarios vientos. Por lo tanto, si el ministerio sacerdotal ha sido en todos tiempos la *luz del mundo*, con mas razon tiene que serlo hoy, supuesto que representa los únicos principios á cuya sombra puede reorganizarse y vivir tranquila la sociedad. Es indispensable para esto que el Clero no descuide el estudio de la religion, que es la ley que de sus labios requerirán los pueblos, y la requerirán para salvarse con ella; lo cual, al paso que enaltece el ministerio sacerdotal, le impone tambien una responsabilidad inmensa, si desgraciadamente, llegando á descuidar la meditacion de esta ley, se convirtiesen los sacerdotes en ciegos conductores de otros ciegos.

Pero el estudio que de la religion debe hacer el sacerdote en los presentes dias exige mas amplitud de la que se le ha dado en otros mas felices tiempos. La fe ciertamente ha sido y es siempre una; pero en sus relaciones de influencia con las necesidades de las respectivas épocas, suele tomar hoy unas formas diversas de las que adoptara en otros dias, ó da á sus verdades una nueva aplicacion. Esto, que es una verdad y una necesidad, lo demuestra la historia de la apología cristiana. Los ilustrados defensores de la religion se han atenido siempre á la índole de los ataques que se la dirijian, defendiendo unas veces su divinidad, y otras la de alguno de sus dogmas, puesto en temeraria dis-

cusión. La época que vamos atravesando no peca tanto de incrédula como de exajeradamente política; pues, sin dejar de creer la verdad de la fe, presume no ser ya muy necesaria para dirigir la sociedad atendidos los progresos que ha hecho la ciencia política en nuestros dias. Este grave error, y otros que de él se desprenden ó que con él están en relaciones, han hecho necesarios los estudios que se llaman religioso-sociales, encaminados á examinar y presentar la religion, sus dogmas, su moral y sus sacramentos bajo el punto de vista de su influencia sobre los destinos temporales de la humanidad. No han podido menos de ser muy útiles para el catolicismo esta clase de estudios, en atención á haberse puesto ya en la mas clara luz que no hay vida ni puede haberla para las sociedades cuando abandonán el camino de la verdad, y se entregan á las infinitas consecuencias del error.

Tambien se engrie la presente generacion con sus adelantos científicos, y aspira á someter al fallo de su ilustrada razon todas las creencias, y medir con el compás del humano raciocinio las inescrutables palabras y obras de Dios. Enfrente pues de estas pretensiones tiene que colocarse la Iglesia, que no está nunca desprovista de medios y de razones para combatir el error y disipar las exajeraciones de las doctrinas humanas. Esta es hoy la mision del Clero católico; mision que no podrá desempeñar, si, consagrándose al estudio, no se eleva por la ciencia religiosa á la altura desde donde pueda dominar todo el movimiento de los

espíritus, cualquiera que sea su direccion, como avanzado centinela, no solo de los intereses de la Iglesia sino tambien de los de la sociedad. No creais por esto, amadísimos Hermanos y cooperadores, que Nos deseamos ver un Clero militante, digámoslo asi, y sumido en las interminables luchas políticas donde se agitan no mas que intereses y pasiones de la tierra: no: no queremos verle nunca descender de la altura donde Dios lo ha colocado; no queremos verle degradando su ministerio, y comprometiendo en esas contiendas de exageradas ambiciones el principio divino que ha de salvar al mundo. El Clero puede ser luz de la sociedad sin aparecer en los primeros puestos ó en el primer término de sus luchas: su mision, mas alta que las cabezas de los hombres, derrama vivos destellos sobre las generaciones degradadas, sin necesidad de mancharse con su contacto; porque la fe, que penetra toda la vida de la humanidad, obra en virtud de sus principios eternos y universales, aplicándolos á todas las situaciones en que los intereses movibles de la sociedad pueden encontrarse. La fe, y por consiguiente el sacerdocio católico que se muestre digno de su mision, sin salir del santuario y firme sobre la *Piedra* que es el fundamento, iluminará como *luz* que es *del mundo* á todos los que en el mundo se muevan, á la manera que el sol ilumina tanto al que avanza como al que retrocede, y como al que se detiene en sus caminos. La sociedad tiene sed de creencias, y el Clero debe trabajar para que lleguen á sus labios aquellas aguas que brotan de

las fuentes del Salvador. Esta es una necesidad tan universalmente sentida, que no á otra causa se debe el que en todas partes sea la cuestion religiosa la mas importante de las cuestiones; porque si fuese mal resuelta, no habria mas que crisis y peligros para la sociedad; y si fuese bien comprendida, equivaldria á entrar en un bello y anchuroso camino de esperanzas.

Pero no basta todavía la ciencia para que el sacerdote cumpla debidamente su mision sublime: es preciso además que como *sal de la tierra* preserve de la corrupcion y del vicio á todos los hombres. Para esto, no solo es necesario anunciar á los fieles con mucha frecuencia la divina palabra, como lo ordenan los sagrados Cánones y Nos lo encargamos con la mayor eficacia, sino predicar tambien con los buenos ejemplos y edificar con las propias virtudes. El sacerdote, amados Hermanos, está puesto como un espectáculo al mundo, y es como el espejo donde se miran los fieles para obrar segun obrar le vieren. No lo creemos; mas si acaso hubiese, por desgracia, alguno entre los ministros del Señor en esta nuestra diócesis, que escandalizase á sus prójimos, ó destruyese con una mano lo que edificase con la otra, Nos le rogaríamos con todo el afecto de nuestro corazon, le pediríamos por la Pasion de nuestro Señor Jesucristo, y en caso necesario le compeleríamos con todo el rigor de nuestra autoridad para que meditase que si la sal se disuelve y corrompe, ¿con qué podrá ya el mundo preservarse de la corrupcion? *in quo salietur?* Si la fuente se seca ó se

emponzoña, ¿dónde beberá el sediento? Si el que ha de dar pan, suministra serpientes ó venenos, ¿á dónde irán por alimento los pueblos? *in quo salietur? in quo salietur?*

Nada es mas á propósito para formar desde luego un Clero sábio y virtuoso como lo son los Seminarios, donde al estudio de la religion acompañan siempre las prácticas y la enseñanza de la mas sólida piedad. Imposible era que nos olvidásemos de nuestros amados Seminaristas, que son y han sido siempre como los Benjamines de nuestro amor y las esperanzas de nuestra vida. Mas para que el Seminario sea lo que significa, es decir, un semillero de buenos eclesiásticos, necesario es que por parte de los maestros se muestre un incansable celo por el aprovechamiento de sus discípulos; y por parte de los discípulos una docilidad suma á sus maestros, y una asídua aplicacion, dignas de su futuro destino. Saber deben los unos, que la Iglesia, confiando en su celo, entrega á su ilustracion sus mas santos intereses y sus mas lisonjeras esperanzas; y sepan los otros, que algun dia al frente de su grey tendrán que conducir sus ovejas por caminos escabrosos, donde no habrá mas salida que la que les señale su santa ciencia ó su ilustrada piedad.

Los estudios y sus métodos en nuestro Seminario son cosas de que á su debido tiempo habremos de ocuparnos; pero entre tanto no dejaremos de manifestar nuestro deseo de que asi los estudios filosóficos como los teológicos se perfeccionen de la manera posible, eleván-

dolos á la altura que en tiempos como los presentes les corresponde. Porque sin conceder que se hagan ahora grandes adelantos en Filosofía, no se puede negar que es grande y extraordinario el movimiento filosófico; esto es, los esfuerzos del ingenio humano para encontrar la razon de las cosas, la solucion de los problemas y la explicacion de los fenómenos que en el mundo físico como en el moral se presentan diariamente á la observacion de los hombres pensadores. Tanto mas filosófico, tanto mas humano, tanto mas *racionalista* ha de querer mostrarse este siglo, cuanto mas empeño revela en no someterse al principio de *autoridad*, que es al que inmediatamente tienen que subordinarse todas las cosas en la sociedad, en la familia y aun en el mismo individuo. Resistiéndose á doblar la cerviz de su orgullo á las prescripciones de la fe, el individuo se aísla dentro de su pura personalidad, y todo quiere explicarlo, Dios, el mundo, la sociedad, el hombre, por los cálculos de su pobre razon. En este sentido mas que en otro podemos llamar filosófico al siglo actual, no tan profundo en lo tocante á útiles investigaciones como otras épocas, ni tan fecundo en hombres eminentes como aquellas lo fueron. Los estudios eclesiásticos han de ir encaminados por lo tanto á que algun dia puedan dirigir el movimiento filosófico, haciéndole entrar en las saludables vias por donde conduce el catolicismo todas las investigaciones humanas, é imprimiendo á los esfuerzos científicos la saludable direccion que conviene darles en los tiempos de grandes aberraciones. Por eso deseamos y

queremos que en nuestro Seminario se dé un provechoso y bien entendido impulso al estudio de la Filosofía. Y aquí no dejaremos de notar que los protestantes del siglo XVI; ellos, que habían proclamado el imperio de la razón; ellos, que no reconocieron mas autoridad ni mas criterio que la inspiración particular ó el libre examen; ellos, que rompieron las que llamaban trabas de la inteligencia; ellos, en fin, que dijeron al hombre..... "Examina, y fórmate por ti mismo tus creencias....." proscribieron la Filosofía como antes lo habían hecho Cornelio Agrippa y el apóstata Juliano. Este dato no será inoportuno el recordarle para que no se crea con tanta facilidad á los que dicen que el protestantismo dió un grande impulso á las ciencias.

Los Santos Padres fueron todos grandes filósofos; y lo que únicamente condenaban relativamente á este punto, era que se sometiesen los dogmas á los principios de la Filosofía, ó que se fundasen solamente sobre estos principios los doctores del Evangelio. Mientras subsistan las obras de San Agustín, de Santo Tomás y de otros muchos Padres que han sido y son lumbreras de la Iglesia, no podrá nadie negar la utilidad de la sana Filosofía para defender la religión.

Por escusado tenemos recomendar á nuestros jóvenes seminaristas el estudio de la sagrada Teología, que es la ciencia de Dios, y del hombre en sus relaciones con el Criador. Esta altísima ciencia no ha nacido en el pensamiento de ningun mortal: es flor que brotando de una raíz alta y misteriosa se abre en los mismos labios de

Dios. ¿De qué labios, en efecto, salía aquella revelacion que percibieron los oídos del primer Padre? ¿Quién se revelaba en las magestuosas colinas del Sinaí al Legislador hebreo? ¿Quién es aquel que ha enviado su Verbo, su palabra encarnada, para desenvolver y perfeccionar la magnífica economía de enseñanzas, dogmas, moral, derechos y deberes, virtudes y esperanzas que constituyen el fondo y el plan de toda la Teología? La Sagrada Escritura y la tradicion son la inestinguible luz de esta sublime ciencia, y la Iglesia conserva con inviolable vigilancia estos santos depósitos de la revelacion. Pero esta Iglesia tiene tambien su historia; cuenta sus dias, sus años y sus siglos; brilla con virtudes y padece con dolores; atraviesa épocas, unas veces de alegría, otras de llanto; establece leyes ó las modifica segun los tiempos; lucha y triunfa; camina hácia su fin, que es lo eterno, y cada uno de sus pasos es un grande acontecimiento para los pueblos que la miran asombrados. Pues bien, amadísimos seminaristas, escuchad mi voz y sabed que este dogma, esta moral, esta Escritura, esta historia, estas leyes, esta disciplina, os harán comprender la dignidad de los estudios teológicos, y gustar el dulce fruto de tan sublimes meditaciones.

Un seminarista sin virtud es un soldado que, careciendo de valor, se dispone para sostener grandes luchas. Los que crecen á la sombra del Santuario para ser algun dia los pastores de las almas, deben acostumbrarse desde la niñez á practicar las virtudes, pues no se abandona en la vejez el camino por donde se nos ha ense-

ñado á andar en nuestra juventud. Es una gran temeridad salir á luchar con el mundo sin tener acostumbradas nuestras pasiones á que se sometan al yugo de la razon ilustrada por la fe. ¿Cómo, decidme, cómo habeis de luchar con Goliath que os espera en el campo, si no teneis el armamento y el uso de las virtudes, que son para vosotros lo que pudieron ser los trages del guerrero para David.....?

A nuestros amados hijos en Jesucristo, los fieles de nuestra diócesis, les recordaremos tambien sus deberes como católicos y como ciudadanos. Bien sabemos con el mayor gozo que, por la misericordia de Dios, no han hecho entre vosotros tantos estragos como en otras partes la impiedad y la licencia, verdaderas tempestades que traen sobre los pueblos la desolacion y la muerte. Si os deteneis á considerar el origen á que son debidos en mucha parte los males de que se ve rodeada la sociedad, encontrareis que es el desprecio que tan impiamente se hace de la ley santa de Dios: ley á cuyos observadores promete el Señor tantos beneficios, y sobre cuyos infractores anu. r. a que han de venir muchas y muy terribles calamidades. Los grandes escándalos traen siempre tras sí grandes espiaciones. Cuando se desprecia la ley de Dios, se desprecia todo; y cuando se desprecia todo, todo se pierde. Se dice que los hombres no son hoy *governables*, y se dice una verdad; porque debilitada la observancia de las mas santas leyes se debilita el poder humano, se debilitan las leyes humanas; se debilitan y se corrompen las costumbres públicas, y

el hombre no reconoce luego mas Dios que el oro, es decir, la *codicia*, que es *raiz de todos los males*. Asi resulta luego que vienen sobre los pueblos infinitos contratiempos, porque como en la otra vida no se ejerce la justicia de Dios mas que sobre los individuos, y siendo por otra parte indispensable que los crímenes no queden sin castigo, tiene con precision que haberle en esta vida para las naciones en masa, digámoslo asi: y le hay en efecto, para unas en las pestes que diezman las familias, para otras en las guerras que van desolando los pueblos, y para muchas en el desconcierto y anarquía, que siempre son precursores de inmensas desgracias.

Esta ley de Dios, que es la mas segura guia de los pueblos, tiene que oirse de boca de los sacerdotes; lo cual hace á los ministros del Señor tan dignos de veneracion y respeto. El que los oye, oye á Dios; el que los desprecia, á Dios desprecia. Cuando en una nacion se escarnece al Sacerdocio, no pasa mucho tiempo sin que sea tambien escarnecido su ministerio; y tras este desprecio ha venido luego sin tardanza ó la impiedad ó la corrupcion, ó á la vez ambas cosas con todas sus funestas consecuencias.

Temblemos pues, Hermanos mios, y vivamos todos sometidos al yugo suavísimo de la ley santa de Dios, no olvidando tampoco nuestra obligacion de vivir sometidos á las santas leyes de la Iglesia. Esta Iglesia en que nacimos cuida de la humanidad como una tierna madre cuida de sus hijos. Fundada por Jesucristo para perpetuar la insigne obra del Calvario, trasmite á todas las edades

los inapreciables beneficios de la redencion, guiando y curando los entendimientos contra el error; guiando y curando los corazones contra la malicia y los vicios. Llamarse *hijo de la Iglesia* equivale á darse á conocer como hombre que somete su razon y su voluntad á la fe y á la gracia. Desde el momento en que el hombre salta estos límites, que por su propio bien debe respetar, ya no hay aberraciones, ni delirios, ni sueños que no mire como verdades. Piérdense las mas óbvias nociones de la vida moral y de la vida pública; fórjanse absurdas teorías; y tras los ataques á la Iglesia vienen los golpes de muerte sobre los gobiernos, sobre los tronos y sobre la sociedad. No hay lesiones para la Iglesia sin que mas tarde ó mas temprano la sociedad no se resienta de ellas. Los que atacan al altar minan todas las instituciones de gobierno, tanto las que se fundan sobre la monarquía como las que profesan los mas latos principios de la democracia.

Pero hay un ilustre representante de Dios en el mundo, y donde él está allí está la Iglesia: *ubi Petrus, ibi Ecclesia*. Han pasado diez y nueve siglos, y cada uno de ellos ha visto caer á tierra instituciones que parecian muy sólidas y muy arraigadas en el corazon de los pueblos. Dinastías, imperios, reinos, filosofías, artes, ciencias, monumentos..... todo ha perecido, ó todo ha sufrido cambios sustanciales; y en medio de este incesante movimiento de destruccion una cosa ha quedado viva, lozana, eterna: la Santa Sede, el Pontificado, el Papa. Aunque no estuviera empeñada la palabra de Je-

sucristo, bastaria este magnífico hecho para enseñarnos que cuando el Pontificado no ha perecido en las luchas con los tiranos, en las invasiones de la barbarie, en los rudos dias de la edad media, en los combates con los errores ó con las pasiones, en los dias de desgracia ó en sus épocas de fortuna, algo ha de haber de sobrenatural en la vida de esa Piedra sobre la cual está fundada la Iglesia, y cuya ruina no han podido labrar las puertas del infierno.

El venerable y justo Pontífice que hoy ocupa la silla de San Pedro, sobre merecer como Vicario de Jesucristo nuestros respetos, es digno tambien, como amoroso Padre y como virtuoso Pastor, de toda la intension de nuestros afectos. Los labios no pronunciarán nunca el nombre de Pio IX sin que el corazon no sienta hácia el bondadoso Pontífice las mas vivas y dulces simpatías. Las tribulaciones han sumergido su alma en lo profundo del mar; pero el Señor, que le vió lleno de fe, le dió fuerzas para soportar el dolor, y el mundo entero ha sido testigo de un hecho que, atendidas algunas de sus circunstancias, no puede ser contado en el número de los hechos comunes. La Europa católica ha enseñado á los enemigos del Pontificado, que aún no han olvidado los gobiernos lo que deben á la Santa Sede y lo que se deben á sí mismos.

La educacion religiosa es otra de las necesidades hácia la cual nos creemos en el deber de llamar la atencion de todos los padres de familia. Siempre ha merecido los cuidados de la Iglesia la educacion de la infan-

cia. La esperiencia acredita que el espíritu del hombre al entrar en la vida está envuelto en las tinieblas de la ignorancia, y demuestra igualmente que nacemos con fuertes propensiones hácia el mal. De aqui nace la obligacion en que se hallan los padres, no solo de instruir á sus hijos, sino tambien y sobre todo de dirigir sus afecciones hácia la virtud. Cuando el Divino Salvador elevó el matrimonio á la dignidad de Sacramento en la nueva ley, quiso por este medio dar á los padres abundantes recursos para que educasen bien á sus hijos, pues imponiéndoles un deber mas sagrado, les concede para cumplirle abundantes gracias y muy copiosas bendiciones. Si la religion no se apodera inmediatamente del espíritu de los niños, la razon, cuando comienza á reinar, encuentra ya fuertes las preocupaciones y los hábitos, y depravado precozmente el corazon. Los presentes dias abundan por desgracia en obras de iniquidad, para que no sea de temer un contagio en las almas, y con mas razon en las de los niños, donde tan facilmente pueden quedar como selladas las impresiones de los malos ejemplos. La educacion de la infancia ha llegado á ser en todas partes uno de los mas importantes asuntos de la política y de la religion: de la una, para salvar la sociedad en el tiempo, y de la otra para salvarla en la eternidad.

Precision hay, por lo tanto, de arrancar de las manos de los niños y de los jóvenes todos aquellos libros donde se contienen máximas ó ejemplos opuestos á la sana moral ó á la pureza de las doctrinas. El árbol de

la ciencia del mal está, á lo que parece, dando sus frutos: multiplíquense á millares los agentes de la iniquidad, y por lo mismo, deber gravísimo y obligacion estrechísima es de los padres de familia el poner un escrupuloso cuidado en que las manos de sus hijos no se manchen, ni su pureza se inficione, ni sus almas se pierdan con la lectura de alguno de tantos libros como de tiempo en tiempo salen de las prensas, derramando veneno y sembrando corrupcion. Hay pestes que son mas funestas que aquellas que causan la muerte de los cuerpos. Defendemos nuestra casa de los ladrones que conspiran contra las riquezas, ¿y no la defenderemos de los asesinos que vienen á clavar un puñal en las almas? ¡Ay! ¡ay de vosotros los que dejais sembrar vientos! Las tempestades dejarán algun dia caer rayos y centellas sobre vuestras cabezas.

Quisiéramos tambien que entre vosotros, amados Hijos, no se oyese nunca la blasfemia, que es pecado horrible contra Dios. En vez de glorificar á todas horas el nombre santo de Aquel en quien vivimos, nos movemos y somos, se advierte con grande amargura que en muchas partes los labios de algunos hombres perversos, brotando la iniquidad que hay en sus corazones, dirijen á Dios imprecaciones que horrorizan, prurumpen en palabras que provocan su justicia, y articulan acentos que erizando el cabello nos hacen temer lluevan sobre la tierra aquellos castigos espantosos que con llanto amargo anunciaron los Profetas.

Os recomendamos asimismo la caridad, que es el

vínculo y el complemento de la perfección. Esta virtud bajó del cielo para unir los corazones, y para velar incansablemente sobre las necesidades de nuestros prójimos. Si ella, pues, en todo tiempo ha sido el alma del cristianismo y la vida de las sociedades, hoy que tan hondas heridas han causado y causan en los pueblos las discordias políticas, es doblemente necesaria su influencia para que, ligados los corazones con unos mismos sentimientos, no haya para todos mas que un Dios, una fe, un bautismo, un deseo y un fin. La caridad tiene hoy la sublime misión de reconciliar los ánimos, amansar las pasiones, y preparar un término para los males que afligen á la sociedad. Sepárese pues de nosotros todo aquel hombre enemigo que no conociendo la caridad, quiera ocuparse en sembrar zizaña en un campo preparado ya y dispuesto para dar los mas preciosos frutos.

Esta misma caridad debe retraeros á vosotros de todo pensamiento, de toda acción que tienda á perjudicar aun en lo mas mínimo á nuestros semejantes. Por lo tanto no podemos menos de exhortar á todos nuestros diocesanos á que alivien las desgracias de sus prójimos, si los buscan en sus necesidades, sin esperar por ello mas ganancia que la que el Señor tiene prometida á los que son benéficos y caritativos. La usura está terminantemente condenada así en el antiguo como en el nuevo Testamento; y Nos recomendamos á los Sres. Confesores de nuestra Diócesis lo que prescribe el Sr. Benedicto XIV en su carta Encíclica de 1.º de noviembre de

1748, y lo que dice en su célebre tratado de *Synodo diocesana* (lib. 7, cap. 47). Los abusos y excesos en la materia de que ahora nos ocupamos pudieran ser tambien nuevos combustibles arrojados en medio del incendio que amenaza á la Europa y á la civilizacion, producido por ciertas teorías acerca de la riqueza y de la pobreza, que tan seductoras á primera vista se presentan.

Esta gran cuestion, que data para la humanidad desde la caida de nuestro primer padre; esta gran cuestion que preocupa hoy las mas altas inteligencias, al cristiano como al filósofo, á los sábios como á los ignorantes, á los que poseen y á los que no tienen bienes; esta gran cuestion, decimos, no puede resolverse sino bajo el punto de vista católico. Como los hombres se distinguen entre sí por las facultades del alma y del cuerpo, asi se distinguen tambien por la desigualdad de los bienes de fortuna. Esta es la consecuencia necesaria de todo orden social, la consecuencia ordinaria de la diferencia de nuestras facultades, del desarrollo mayor ó menor que han recibido, de la condicion en que hemos nacido, y acaso, acaso de los desórdenes que no hemos temido cometer. Los ricos están obligados á dar, y los pobres tienen un derecho á que se les socorra; pero nunca podrán creerse autorizados para usurpar lo que á otros pertenece. *Todo lo que hiciéseis por el mas pequeño de los míos, á mí me lo haceis*, dice Jesucristo. *Bienaventurados los pobres*, enseña el mismo Maestro, *porque ellos serán hartos*. Hasta entonces

no había oído el mundo esta especie de glorificación de la pobreza. Oídlo, pues, amados diocesanos. Dios, que es el Señor de los ricos, manda que se socorra á los pobres; y el mismo Dios, que es padre del indigente, le consuela en su miseria, asegurándole que habrá para él una eterna y dulcísima hartura.

Recomendamos de la misma manera á todos nuestros amados hijos en Jesucristo, que respeten y obedezcan á las autoridades constituidas, pues que establecidas por Dios llevan en su mano, en representación suya, la vara del gobierno y de la justicia. Felices han sido, son y serán siempre los pueblos en donde se obedece la ley y se respeta á quien la dicta. Desgraciados é infelices todos aquellos en que se tasca el freno y se promueven lamentables discordias.

Por nuestra parte, y aunque nuestro natural carácter no Nos arrastra á romper, como lo hizo Moisés, las Tablas de la Ley en la misma frente de los que la infrinjian y adoraban al becerro, ni tampoco hemos dado nunca á nadie el pan mojado en vinagre, sin embargo, no podremos olvidar que al Profeta Elías le abrasaba y consumía el celo por la casa de Dios cuando veía el gran número de prevaricadores que, siguiendo á los Profetas falsos de Baal, levantaban su erguida cerviz en las faldas del monte Carmelo.

Gracias damos al Dios omnipotente, y nuestros ojos no una vez sola han derramado lágrimas de ternura y de consuelo en el altar sacrosanto, al considerar los buenos sentimientos, las religiosas ideas y las no cor-

rompidas costumbres de la numerosa grey que se nos manda apacentar. Por lo mismo, aun sin conocerla, la amamos ya en las entrañas de nuestro Señor Jesucristo; y si dócil y ansiosa sabemos que desea oír los silbos de su nuevo Pastor, se los dirigiremos incesantemente; y tomando en una mano el báculo de la fe y en otra el de la caridad, procuraremos encaminarla por saludables pastos al aprisco del Pastor Supremo, donde únicamente está la verdadera vida.

Imposible será el que Nos así lo hagamos contando solo con nuestras fuerzas, que son muy débiles. Mas porque sabemos que en la heredad del Padre de familias nada hace el que planta y el que riega como de Dios no reciba el incremento, por lo mismo, y para que así sea, nos encomendamos á las oraciones del Clero y de todos los fieles de nuestra amada diócesis; y se las pedimos especialmente á las castas Esposas de Jesucristo, que, desde el retiro y la soledad, y perfumando su pobre lecho de flores y de fragancia virginal, suben con el Cordero al monte Sion, y unidas mas y mas íntimamente con él en los días de su tribulación, hacen brillar sus virtudes en la Iglesia española. Confiamos pues en sus oraciones; y contando asimismo con la cooperación de todos aquellos que de un modo ó de otro pueden ayudarnos en el gobierno de nuestra diócesis, no omitiremos ninguno de los medios que puedan servir para reparar las ruinas del Santuario, para sostener la pureza de la fe, para con-

servar la magestad del culto, para dar gloria á Dios en la tierra, y para conducir las almas al cielo.

Dada en nuestro Palacio episcopal de Astorga, rubricada de nuestra mano, sellada con el escudo de nuestras armas, y refrendada de nuestro Secretario de Cámara á de agosto de 1850.

Juan Nepomuceno,
Obispo de Astorga.



POR MANDADO DE SU S. S. I.,

D. Manuel Cano,

Canónigo y Secretario.